

Crónica Centro

Oscar Roldán-Alzate

*Pleno de mérito, mas, poéticamente,
habita El Hombre la tierra.*

Hölderlin

Sin excepción, aunque con ciertos bemoles, las definiciones que buscan poner en común el sentido de la palabra *ciudad* incorporan el hecho de que los habitantes de ese espacio limitado, populoso y con estructuras administrativas complejas, dedican su tiempo a actividades “no agrícolas”.

Paulatinamente desaparece la idea de campo cuando emerge la de ciudad. Y, mientras más nos acercamos a su vorágine, mayor fuerza reclaman el asfalto y las múltiples redes creadas para conectar un sinnúmero de cosas que de otra manera no sabrían las unas de las otras. Aparecen también ritmos polifónicos, aun dentro del caos, producidos por quienes cruzan de un lado a otro con afanes propios o ajenos y, claro está, siempre que evocamos la ciudad lo hacemos desde su sino: la idea de un cuerpo azarosamente organizado, vivo, con un corazón que bombea emociones por doquier a todas sus células: a nosotros, quienes finalmente somos la vida misma de este artificio colosal que comenzó con los primeros cultivos, como muchas historias de la humanidad, con el nacimiento de lo que solemos llamar cultura, algo con lo que trabajan los poetas que lograron sortear el exilio de Platón. y que, para este caso, llamaremos Jorge Zapata.

Toda ciudad es definida por su vorágine, que no es otra cosa que la suma de los avatares de sus ciudadanos enmarañados con sus tapias, bloques y caminos. Algunas villas incluso alcanzan a provocar dos o más de estos impe-

tuosos remolinos, algo que ciertamente ocurre cuando los asentamientos crecen y se juntan con otros, y estos a su vez con algunos más, hasta llegar a ser ese nombre cargado de sentidos que proviene de la *civitas* romana. La vorágine-ciudad es su centro, donde el poeta oculto trabaja copiosamente para no dejar pasar detalle, en una labor inexplicable y a la vez necesaria.

Paradójicamente, los centros de la ciudad son los lugares más apartados del campo, de los cultivos que fueron su génesis. Como la Olinde de Calvino —que integra sus poéticas ciudades invisibles—, las urbes crecen como lo hacen sus árboles, describen círculos concéntricos que se expanden con los años hasta llegar a tocar otros, y otros, guardando siempre dentro de esa yuxtaposición de capas el germen primigenio. No hay suburbio sin vorágine, como tampoco ciudad sin centro.

El diccionario de la Real Academia de la Lengua define así *Ciudad*: “Población grande que se dedica principalmente a actividades no agrícolas”. Por su parte, *The Oxford Dictionary* en la entrada relativa a la palabra *City* reza así, en la acepción británica: “A town created a city by charter and usually containing a cathedral”, lo que puede traducirse como “Un pueblo hecho ciudad por un estatuto y que usualmente tiene una iglesia”. Los territorios, como pasa con el idioma, dan forma a las ideas y concepciones del mundo. Estas dos definiciones no solo evidencian enfoques diversos, también permiten inferir que naturaleza es consustancial a los credos, prácticas, hábitos y vicios de los habitantes que la hacen ciudad. Y es así como cada concentración humana de

esta magnitud se presenta al mundo como una entidad que encierra una personalidad, un género, una identidad particular que carga con su historia y mapa. Sin duda, una construcción mediada por la creación poética. ¿Qué sería de Praga sin Kafka, de Lisboa sin Pessoa, de Barcelona sin Gaudí o de Madrid sin Sabina?

Martin Heidegger, en una preciosa disquisición sobre la obra de Hölderlin va a su producción poética para lograr cuestionamientos profundos sobre la manera como habitamos y donde lo hacemos. Su conferencia del 6 de octubre de 1951 en la Bühlerhöhe, deja claramente sobre la mesa que habitar y poetizar son acciones humanas concomitantes; a ello se podría agregar que, en contraposición a esta lógica, cuando moramos lo hacemos de manera contingente, de tal modo que la poesía no es construida por el sujeto, sino que, al contrario, es la poesía la que envuelve su devenir. Esto pasa con la ciudad y, claramente, debe ser “el otro Poeta”, quien regrese sobre sus pliegues para recoger los vestigios del agobiado ejercicio del morar y de la fascinante acción sublime del habitar.

Arte y poesía, dos caras de la misma acción, se mezclan en este morador cuando desde los visillos otea la realidad: la ciudad, su ciudad. El artista, o poeta, es cronista de su tiempo y para este caso que nos ocupa sobre la ciudad, sobre esta ciudad, hablamos del artista/ poeta Jorge Zapata (San Vicente Ferrer, Antioquia, 1965). Y así, el retrato es un intento por ver lo escurridizo, lo no evidente a simple vista para convertirlo en verso o trazo, y el retratista (artista o poeta, no importa) ejerce su noble tarea aun desde su condición inalienable de ciudadano. El retratista, antes de ser un gran dibujante, es un inquisidor que advierte hasta el más íntimo detalle de aquello que contempla de la realidad con juicio vehemente. Su capacidad supera la mirada: se ubica entre el atisbo y la auscultación de un rostro, una situación o un evento que debe tratar como algo ajeno a él para emitir su imparcial y firme versión;

aún más, si lo que pretende es un retrato de un cuerpo mayor, el de la ciudad que a veces mora y otras más habita, y su actuación es noble, es decir, sin grandes pretensiones, el resultado es simplemente magnánimo. Ahora bien, si este retratista es uno que además logra recoger en su esbozo indicios del pasado y del futuro inmediato de esa presencia que le inquieta, estamos frente a un cronista, un reportero que carga una suerte de llave mágica de una temporalidad expandida y que eventualmente podría fungir de adivinador de cosas inciertas, cosas que claramente están por pasar y que los demás no podemos vislumbrar, al menos con la claridad con que él lo hace. Este sujeto-célula, que oscila entre el morador y el habitante ve “al otro” que es ciudad, y en un ejercicio terco de aprendizaje para sí mismo, termina por explicarnos a los otros caminantes, sus conciudadanos y paisanos, el inmanente conjuro que encierra ese cuerpo frenético pero fascinante que ya le pertenece, la ciudad.

Un morador de esos que he tratado de dibujar con letras para decir ciudad, como quien procura una sinécdoque, es Jorge Zapata, un cronista y además retratista y poeta nato. Con una formación poco ortodoxa en lo que a la representación gráfica se refiere, este artista equilibra su impericia técnica con una intuición propia de quien ha vivido tras una huella en la misma esquina esperando el mejor momento para acertar en su emboscada. El resultado, un retrato sin tiempo colmado de coordenadas que narra a sus congéneres la angustia de una Medellín que creen conocer bien, pero que nunca había visto reír, soñar, suplicar o incluso reclamar atención de la manera como sus pinturas lo permiten descubrir. Los actores de sus poemas dibujados son él mismo que muta de policía a mendigo, luego a puta para llegar a niño y malevo después, y vuelve como travesti y drogadicto en un sin-fín de roles, como quien salta matojos. Todos sus personajes son Él, porque así lo quiere, lo necesita, porque son su espejo y porque Zapa-

ta es ciudad que no discrimina, que ama a todos sin distingo, con una fe que recuerda al nazareno.

El ojo se extravía tan de repente al mirar sus cartas dibujadas, que cuesta saber dónde comienza la alegoría y prosigue la realidad; con un agravante: nada de lo que aquí está escrito con colores y formas es ficción, aunque todo lo visto sea inventado. ¡Vaya paradoja... aquí es justamente donde vive el arte, la poesía!

Zapata deja ver en su poética construcción la cotidianidad de una vorágine-ciudad narrada con sus faenas más vividas y oscuras, aunque lo logra con un color diáfano y cuidado que no repele, no juzga ni recrimina, más bien convida y despierta la curiosidad. Deliberada posición que busca recordar el principio de un pueblo que se volvió ciudad a pesar de sí mismo, que no puede dejar de ser campo al mismo tiempo, pues sus habitantes y moradores, al sentarse sobre el hormigón frío de sus plazas no distinguen entre el pedregal y la huerta, con la esperanza de no ser arrollados por el progreso y, últimamente, por la indescifrable innovación.

En el trabajo de Jorge Zapata se evidencia que la salud de una ciudad (que en este caso es Medellín) se puede auscultar, sin mayor divergencia, en su centro urbano —que por lo general coincide con el cultural y comercial—. Para advertir su pulsión es necesario ver al común denominador, a su célula, que no es otro distinto al caminante de a pie que llega al centro para vivir la ciudad en su versión más completa, pletórica. Para conocer la personalidad de una ciudad no basta con estudiar su planimetría urbana, su arquitectura, su demografía y su comercio; se debe, antes que nada, entender cómo respira, come, habla, festeja, intercambia las cosas, y su vida misma, ese sujeto que la camina, la ama y sufre. Quienes ven y son vistos en sus calles y parques son la



Jorge Alonso Zapata. *La requisa*. Acrílico sobre papel. 34,5 x 25 cm. 2012

ciudad y eso lo deja claro cada cartón dibujado y coloreado por Zapata.

Queda claro, al ver este trabajo, que una ciudad aliviada es un cuerpo enamorado que irradia su soplo vital desde su vorágine. Si su corazón se marchita, nada de ella permanecerá en el tiempo; a lo sumo, sus círculos concéntricos buscarán a toda costa alejarse de su centro, sin sospechar si quiera que se estaría provocando una pandemia. Ahora solo queda saber qué es estar enfermo entonces.

Oscar Roldán-Alzate es artista visual y politólogo, dirige el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.